

Dos relatos

GASTÓN AGURTO

Sangre en el ojo

En 1975 no dejó de garuar un solo día sobre las zonas minadas en la frontera entre Perú y Chile. Las minas no mataron a ningún soldado, pero cada cierto tiempo una explosión que nadie lograba escuchar dejaba un lobo marino o una vicuña agonizando durante días en aquellos parajes desolados.

En territorio peruano estaba la base aérea de Ancón, una ajetreada ciudadela costera con palmeras, *jeeps* recorriendo las calles y pequeñas casas de madera, por cuyas ventanas entraban y salían volando las cucarachas.

Los hijos de los oficiales montábamos bicicleta con los pies descalzos, jugábamos a la guerra en el cementerio de barcos y recorríamos la playa buscando las cosas que el mar arrojaba. Una vez, encontramos un cochinillo hinchado que, al hincarlo con un palo, despertó con un chillido y corrió hacia la costa para escabullirse y desaparecer entre los matorrales. Y en otra ocasión, un soldado nos dijo: "Aguanten la respiración y apunten al cuello", cuando nos vio cazando cuculíes con carabinas de perdigones.

Una noche, estábamos tumbados en medio de la cancha de fútbol, hablando de la guerra de nuestros padres. Estaban reclutando a los muchachos que tomaban cervezas en las esquinas. Había cientos de tanques desplegados en la frontera sur y aviones de combate ocultos en hangares subterráneos, listos para despegar. Mis amigos estaban bien enterados porque sobre ese tema daban vueltas sus padres durante la cena.

En eso, una garúa empezó a caer sobre nosotros y por todos lados aparecieron cucarachas. Llegué a casa asustado y le pregunté a mi madre si íbamos a morir. "Duerme tranquilo", dijo ella. "Si hay guerra, nos vamos a Iquitos; allá no llegan los terremotos, menos van a llegar las bombas".

Más tarde, soñé con ladrones que entraban en la casa para llevarse a mi hermano menor y con pájaros que picoteaban unos frutos oscuros en el suelo.

A medianoche, desperté y fui a meterme en la cama de mis padres. En el trayecto noté que la puerta principal estaba entreabierta y me asomé a la noche sosegada.

La garúa era tan tupida que las pequeñas gotas de agua parecían suspendidas en el aire, como en una fotografía. En la orilla del mar estaba mi padre, en pijama, con los pies metidos en el agua. Fui a contárselo a mi madre y ella trató de tranquilizarme diciendo: “Solo ha salido a respirar aire fresco”.

Cuarenta años más tarde, en 2015, durante una reunión familiar, le pregunté a mi padre, que ya tenía 84 años, qué estaba haciendo esa madrugada metido en la orilla del mar. Como había bullicio, me indicó que me acercara y, en voz baja, me respondió que, desde ahí, algunas noches, si uno se empinaba un poco, se podían ver las luces de Santiago de Chile.

Noticias del 7 de agosto

Para la noche del 7 de agosto del 2003, el Servicio de Meteorología había anunciado la presencia del planeta Marte en los cielos de Lima. Se trataba de uno de esos acontecimientos mágicos al alcance de todos, como la muerte de un obispo o el avistamiento de las sirenas. El planeta rojo no volvería a estar a tan corta distancia de la Tierra hasta dentro de 33 000 años. Esa noche iba a mostrarse con la nitidez de una luna llena.

Otra noticia en el mismo periódico, pero publicada en un espacio bastante más reducido, también llamó mi atención: se había descubierto la cura de la enfermedad que había matado a mi madre cuando ella apenas tenía 53 años.

Esa noche, muchos salieron de sus casas y se amontonaron en los arenales y a lo largo del malecón. Querían ver de cerca las misteriosas dunas de arena, los cauces de los ríos antiguos, las huellas producidas por el impacto de los meteoritos. No faltaron quienes subieron a los techos con binoculares, lentes 3D y periscopios de cartón, como los que usan en las paradas militares para ver el espectáculo por encima de la multitud. Y en los barrios residenciales se vieron algunos telescopios asomando entre las cortinas.

A la mañana siguiente, además de las nalgonas de la farándula y los muertos habituales, los noticieros de la televisión mostraron imágenes de extrañas luces moviéndose entre los cerros. Testigos agitados aseguraban haber visto una gran bola de fuego suspendida sobre las casas, tan solo a un par de kilómetros de distancia.

La verdad es que el cielo solo pareció, por momentos, levemente electrizado, como las pantallas de los televisores en blanco y negro al final de la transmisión. Tampoco sucedió nada especial, más allá de que los perros ladraban insistentemente y que las ambulancias transitaban haciendo sonar sus sirenas.

Nada especial, salvo que, cuando el cielo se cerró por completo y la mayoría de los curiosos regresaba a sus casas, algunos nos quedamos en las azoteas. Y estuvimos ahí un buen rato más, como no lo hacíamos desde hacía mucho tiempo, parados entre la ropa tendida y los trastos viejos, tratando de adivinar el lugar preciso donde deberían estar algunas estrellas.